

SENTIMIENTOS DE CIUDADANÍA

Julio Seoane. Universidad de Alcalá

El pasado 22 de febrero, en el diario EL PAIS, un artículo de opinión titulado «Sentimiento constitucional» [cuyo autor era el letrado del Consejo de Estado Javier Gomá Lanzón] ponía de relieve aquella crítica que los comunitaristas ya han estandarizado con respecto a las democracias liberales: no son capaces de crear sentimientos de adhesión y, al final, por anómicas, terminan construyendo un mundo tan frágil que pone en peligro la democracia misma. En el artículo se pedía una cierta inclinación sentimental hacia la Constitución pues, se argumentaba, de lo contrario aquellos que son enemigos de la misma y de la democracia al completo —y aquí se hacía referencia a los sectores radicales del independentismo vasco—, puesto que sí pueden desarrollar mecanismos de adhesión sentimental, serán quienes se lleven a las nuevas generaciones pues son los únicos que a las mismas pueden ofrecerles un sentido para construir su propia vida. El artículo no lo expresaba así, pero creo que no le tergiverso en mucho si le relaciono con toda una serie de intervenciones —bien a través de artículos de opinión en periódicos, bien a través de más sesudos estudios en revistas especializadas— en las que se nos alarma ante el hecho evidente de que si la democracia es simplemente un mecanismo para llevar a cabo nuestra vida de la forma más óptima, tal mecanismo en nada se debiera asemejar a un ordenador —por muy buen orden que proveyera—; y pues tal acontece, en el momento en que alguien desee dar significados a su vida, construir su propia identidad y para ello buscar un universo de sentido en el cual se pueda reconocer, del cual pueda tomar las palabras, las imágenes y las metáforas para contarse, en ese momento, digo, no podrá nunca acudir al perfecto ordenamiento neutral, aséptico y frío y deberá mirar a donde tal ordenamiento no se da. Esto es, a donde la democracia no llega. Esta es la razón, ya argumentada hace tiempo por los comunitaristas más sensatos, de que nuestra democracia no pueda vivir sino en un continuo sobresalto de apariciones de comportamientos antidemocráticos en su seno ante los que cada vez puede hacer menos. Y por no poner ejemplos muy lejanos, esta es la razón de que puestos a dar cuenta de mi propia vida, y a estilizar mi propia identidad, encuentre imágenes y metáforas para tal relato en los discursos nacionalistas a veces de un xenófobo, irracional y antidemocrático que asusta, que no en una democracia que tan sólo me dice, con aséptica sonrisa, puede usted hacer lo que usted desee. ¿Pero qué?

Lo que aquí se pone claro es que de poco nos vale nuestra avanzada ciudadanía si no sentimos cierta inclinación hacia ella, si tan sólo la vemos como el mecanismo más adecuado para llevar a cabo nuestros cometidos —intereses—, porque como se ha puesto ya de relieve, ¿qué valor pueden tener nuestros cometidos particulares

si no son capaces de tener un nosotros desde el que puedan abrigar su significado? Tengo mis dudas de que se pueda sentir nada por la Constitución, pero ninguna de que sí se pueda sentir por los conceptos e imágenes que forjan nuestra ciudadanía, por esas imágenes con las que construimos poco a poco las instituciones y lugares en los que nos integramos para vivir; y lo que aquí tan sólo quisiera decir es que nuestros conceptos e imágenes democráticos de nada valen si no se entienden como sentimientos, como una estructura para la educación sentimental de la ciudadanía. Sólo cuando tengamos un sentimiento afectivo ante nuestra tolerancia ésta dejará de ser una mera institución para pasar a ser un lugar donde yo mismo me reconozco; sólo cuando realmente sintamos una cierta empatía y en nuestra propia piel, por decirlo así, los problemas cotidianos que por ser mujer pueden acontecer (y piénsese sólo en el modo en que hoy se pare), conseguiremos tener una concepción de la igualdad con alguna fuerza; sólo, en fin, en el momento en que los conceptos que estructuran nuestra democracia inciten en nosotros alguna inclinación sentimental, emotiva, podrán estos tener algún valor que realmente deseemos defender e implementar en cualquier momento.

¿Qué supone esto? Como es evidente, que los sentimientos de ciudadanía vinculan al individuo particular con los conceptos e imágenes de nuestra democracia en una doble referencia. Le dan los mecanismos con los cuales puede constituirse en sociedad y, al tiempo, las imágenes en las que puede reconocerse. Como bien vieron los ilustrados escoceses, el hombre es un ser social y es sólo en sociedad donde puede estilizar su conducta y reconocerse como un particular (de otro modo bien que podría ser consciente de sí mismo como particular —esto es Kant—, pero no como un particular feliz que es lo que, al cabo, interesa en política).

La ciudadanía, así, es un doble respecto en el que se nos dan imágenes de constitución de la identidad y marcos en los que se configura una comunidad. En el entendido de que marcos e imágenes no funcionan autónomamente, sino que se constituyen en el mismo proceso. Las cuotas de participación femenina, por poner un ejemplo, no son un camino a la igualdad, son toda la igualdad que cabe esperar; y, además, la imagen que como mujer un individuo pueda tener en el mundo viene, en primer lugar, dado por cómo se configura entre la interpretación de esas cuotas, las instituciones que tales cuotas construyen, el rechazo que puede sentir por favorecerse de ellas, etc. En este caso la «Igualdad» es el conjunto de relatos que me cuentan la igualdad junto con las distintas especificaciones de ésta en las cuales compongo mi autobiografía. A la vez, y puesto que preciso de esas especificaciones para configurarme, doy cuerpo a un sistema social igualitario. No es que en el sistema de cuotas se especifique el concepto democrático de la «Igualdad», es que sólo el relato controvertido y «emocionante» de como siento tal igualdad es lo que compone la igualdad en un determinado sistema democrático. Y controvertido en tanto sentimental, en tanto imagen de construcción de la identidad —identidad social e individual— atiende a quiebras y esferas de actuación (y cada quien que mire en sí lo fácil que resulta ser igualitario en ciertas esferas de nuestra vida y no en otras. Pues bien, en todas esas diferencias se va estableciendo y construyendo mi identidad igualitaria y la igualdad de mi democracia).

Esto no puede sonar muy nuevo. Esto es el XVIII. Nuestros «padres fundadores» ya supusieron que nuestra modernidad es una modernidad donde la razón puede hablar en tanto en cuanto los sentimientos lo hacen al tiempo. Se puede comenzar con Hutcheson, Hume o Smith y ver que sus teorías morales y políticas eran teorías de los sentimientos morales; se puede terminar con el moralismo que inundó la Ilustración francesa que de Voltaire a Rousseau (por poner dos ejemplos que nada tienen que ver) pasando por Vaunvenargues o Marmontel, suponía que no había modernidad sino porque nuestra capacidad de sentir y razonar así lo establecía. Es curioso que hayamos reconstruido nuestra modernidad desde Kant, justo en el momento en que el sentimiento moral (que es el sentimiento que impulsa a construir un nuevo mundo y desde el que se piensa el nuevo hombre) queda desterrado a la búsqueda de una universalidad moral y política que trajera indefectiblemente los sueños sentimentales a la tierra. Pero, como muy bien vieron los ilustrados, el sentimiento tiene mucho de sueño e intentarlo establecer es olvidarse de él y recuperar cosas muy distintas (a veces es convertirlo en una pesadilla).

Dos cosas merecen ser señaladas en esta tradición sentimental:

(1) Para empezar la suposición de que los sentimientos no son lo opuesto a la razón (ni, como se verá, a la universalidad); sino que constituyen un ámbito de reflexión. No deja de resultar curioso que nos sea común una concepción de las emociones que es más cartesiana que ilustrada. Para la Ilustración no es en absoluto general nuestra consideración de que los sentimientos se ligan a las emociones que no son controlables; esta reflexión fue de las primeras imputaciones a Hutcheson, mas, a partir de él, el XVIII dio como respuesta común a tal pregunta que, en primer lugar, no existen emociones naturales. Todas parten de un proceso de educación y si bien es cierto que son evidentes ciertas necesidades naturales primeras, no lo es menos que a estas alturas de la evolución histórica y biológica en que nos encontramos, diría cualquier ilustrado con moderno vocabulario, damos cuenta de ellas mediados por la civilización en la que nos educamos. Bien que tal cosa puede verse como progreso o como un alejamiento desgraciado de la naturaleza original (tal como acontece con Rousseau), mas es lugar común la consideración de que ante el hambre, por ejemplo, no hay una respuesta que sea «alimentarse», sino que la respuesta sería «alimentarse en un plato, con ciertas conveniencias, etc.». De igual modo ocurre con las emociones: el odio, la pasión amorosa, el deseo, todas estas pasiones tienden a dejar de verse como el peligro constante de desestabilizar la razón y se consideran cada vez más como aquello que nos da voluntad y energía para actuar en la medida en que salen del hombre canalizadas por la civilización. Recuérdese aquí que la pasión amorosa, la más descontrolada pasión que podría pensarse, nunca es la del bruto, sino la del refinado libertino. Así son las emociones.

Además, resulta un asentido implícito en toda la Ilustración el que los sentimientos y emociones puede que sean un lugar de respuesta automática, pero nunca lo son de respuesta inmediata. Siempre se median siquiera de una pequeña reflexión. Las pasiones del hombre ya no son las de los animales, sino que la civilización nos ha provisto de una educación merced a la cual si bien contestamos rápidamente y sin demoras a ciertos estímulos (estamos hablando de emociones, de

pasiones, de sentimientos indomeñables, no lo olvidemos), siempre cabe una pequeña reflexión. Repito el ejemplo anterior: las pasiones son las del refinado libertino y nada más alejado de éste que un hombre irreflexivo; es pasional, por supuesto, pero racional también. Las emociones y los sentimientos son algo muy diferente a nuestros «prontos» de genio; y esta quizás sea la primera diferencia que debemos rescatar hoy a la hora de mirar hacia ellas: son respuestas afectivas, inclinaciones que establecen un ámbito de reflexión. Quizás no de racionalidad, ¿pero qué es esa racionalidad en política?

(2) En segundo lugar, desde esa tradición sentimental ilustrada merece señalarse lo curioso que resulta el hecho de que hasta Kant no se hablara tanto de universalidad cuanto de generalidad. Este último concepto establece una sutil diferencia pues si bien intenta señalar la universalidad, lo hace de una forma en que tal universalidad no se aúna con la infalibilidad. En efecto, la generalidad es una universalidad algo más débil que supone una comunidad deseable; una comunidad que se plantea como la mejor, como el faro guía hacia el que hay que caminar, pero también como una comunidad que se sabe no siempre completamente conseguida. Y no es que su consecución se deba dejar al cumplimiento de la especie humana, es simplemente que con todo lo que contamos es con la generalidad que se expresa en argumentaciones del tipo «a qué hombre no le parecería esto más adecuado» o «quién querría verse identificado con aquella postura». Como se ve, y en eso nuestra Ilustración es bien clara, se habla para la humanidad, para el común de los mortales, para el mundo, pero siempre se es consciente de que el mundo es algo con los límites muy claros. Eran los límites de la comunidad a la cual me podía dirigir. A la que podía educar. A la que podía amar y sentir como propia.

El hecho de que la Ilustración (y esto es muy claro con Hume o Hutcheson) sepa que sólo puede predicarse hasta donde los vínculos sentimentales se mantengan; que los sentimientos se debilitan con la distancia y por ello lo único que cabe es dar de modo constante ejemplos morales que nos inclinen a amar ciertas formas políticas que nos parecen lejanas y poco en relación con nuestra vida cotidiana; que no es sino la educación moral, entendida como una educación de los sentimientos morales, el fundamento principal de la nueva política y del nuevo hombre; todo esto, digo, plantea nuestro mundo con una universalidad que se va haciendo en el laborar de los sentimientos en el mundo, en la construcción del carácter en su relación con otros y, en suma, en la configuración de una comunidad en la que sus miembros sienten los conceptos e imágenes que la sostienen como suyos ¡Y tan suyos, como que dan cuenta de sí con esos conceptos e imágenes!

Aquí es donde tiene valor hablar de los conceptos democráticos modernos. Porque no sólo son los fundamentos de una sociedad libre, igual y más justa, sino porque lo son en tanto sus ciudadanos los toman también para dar cuenta de sí. Y viceversa: los toman porque con ellos edifican una comunidad en la que se ven en cada rincón. Por esta razón sienten una inclinación sentimental hacia ellos. Esa inclinación que solicitaba el autor del artículo que comencé comentando.

Ha de merecer, y mucho, la pena dejar de tomar a la razón y las emociones como mecanismos que se ponen en función de manera automática; y quizás sería

preferible comprenderlos como ámbitos en los que nos componemos individual y socialmente. Llamo a esto ciudadanía.

Puede sonar utópica esta idea de sistema ilustrado donde cada ciudadano siente como suya la última desgracia del último individuo; pero, en cualquier caso, eso es la democracia y tan sólo de tal manera la podremos construir: porque mi corazón se afecta de las injusticias, de las legítimas expectativas y de las reclamaciones hermosas, es por lo que apoyo el sistema en donde pueden cobrar cuerpo. Obviamente es una construcción que afectará a la generalidad, no infalible, cargada de lagunas y de lugares donde la injusticia más pura asomará simplemente porque, como ya vio el XVIII, los sentimientos morales se debilitan con la más pequeña distancia. Mas es lo que tenemos. Por mucho que se puedan debilitar los sentimientos morales, aquellos con los que componemos nuestra ciudadanía, cabe mirar si no se debilita en mucho más nuestra adscripción democrática en el momento en que nuestro nivel de vida se pone en peligro (y los ejemplos de xenofobia nos son tan cercanos que no merece la pena traerlos a colación pormenorizadamente).

Si todo esto es así, es menester admitir que tan sólo cabe una educación sentimental que nos presente esos conceptos con los que hemos construido nuestro mundo (la libertad, la igualdad, la tolerancia, etc.) como ideas que se especifican de determinadas maneras y que tales maneras son amables (que merecen ser amadas), y desde tales maneras nos contamos como individuos bondadosos, afables, legales... en tanto se sienten vinculados a la configuración de la propia identidad, obviamente, la democracia nunca se establecerá de una manera fija, segura ni universal, pero sí que tendrá visos de cierta generalidad, alguna coherencia y un sincero afecto hacia cada parte que construye.

Mucho ganaríamos si nuestra argumentación política tomara tintes sentimentales. Lo cual no es decir que deba adquirir elementos irracionales. Sólo el filósofo trae a la irracionalidad cuando se habla de sentimientos; miremos al XVIII de nuevo: nada más rechazado por los sentimientos morales que la irracionalidad, nada más reprobado que todo aquello que no se expresa de forma razonable; y ello con el asumido de que los sentimientos nada tienen que ver con la razón. Miremos las novelas sentimentales en las cuales se forjó buena parte de nuestro stock de sentimientos y veremos que en ellas se han gastado páginas y páginas para decir de un modo razonable lo que parece más inefable. Nuestro miedo, comprensible, es al mensaje político que se lanza de una manera falaz o engañosa o de una manera que intenta sortear la razón; suponemos, y con cierta razón, que en el momento en que introducimos el corazón en la argumentación política siempre caben respuestas cuyas consecuencias son poco deseables. De hecho reconstruimos las más grandes desgracias de la humanidad, precisamente en ese tipo de respuestas del corazón. Mi idea es que, por un lado, cabe suponer que tales respuestas realmente sean más de la cabeza que del corazón (o a veces, simplemente del estómago por seguir con las imágenes barrocas) y, por otro lado, en último término tal peligro siempre ha de ser asumido. Tenemos una democracia, no la palabra divina en el mundo, y por tanto, la hacemos poco a poco, entre justicias e injusticias, entre expectativas y frustraciones. Lo cierto es que a estas alturas de la historia los sentimiento

disponibles son tales que siempre podemos recusar a esos discursos políticos que pretenden respuestas no reflexivas, que desean excitar pasiones o emociones no educadas, no civilizadas, que se dirigen al bruto y no al libertino. Nuestro oficio, el oficio del moralista, o del filósofo, es el de esclarecerlos e iluminarlos con buenas razones, y excelentes —virtuosos— sentimientos. Nada más ilustrado, sea dicho de paso.

Hablar de sentimientos morales, edificar la ciudadanía como un lugar donde retornemos al placer de sentir emociones, es el primer paso. El segundo es hablar de la educación que debería promover esos sentimientos. Porque, obviamente, no hay sentimientos puros, todo es aprendido y realizado según modelos sentimentales. Eso es algo para una próxima charla.

Julio Seoane Pinilla
Historia I y Filosofía
Univesidad de Alcalá
C/ Colegios, 2. 28801
Alcalá de Henares (Madrid)
c.elect.: julio.seoane@alcala.es